

‘El poder de la esperanza’, un libro inadecuado

LB, 10 diciembre 2018

Hay en el libro una buena exposición de doctrinas básicas, como el sábado o la no inmortalidad natural, pero entretejidos con ellas hay elementos extraños al evangelio y a la enseñanza bíblica. No están desarrollados ni explicados *in extenso*, pero están claramente presentes como la mosca que estropea el perfume. Y es lamentable, porque se trataría de un excelente perfume sin esa mezcla indeseable de elementos afines a la psicología mundana que son, no ya ajenos, sino antagónicos con la enseñanza bíblica.

Se lee en la página 9: "Pensamiento positivo sobre sí mismo": "Sobre todo, no se olvide de **resaltar sus valores y habilidades**".

¿Fue ese el ejemplo de Jesús? ¿Fue esa su enseñanza? Se cita Lucas 21:15, que no tiene que ver con nuestros propios valores y habilidades, sino más bien con la carencia de ellos, prometiendo ser suplida por el valor y la habilidad de Dios al acudir en nuestro auxilio. Recuérdese la parábola del fariseo y el publicano: ¿cuál de los dos procuraba “resaltar sus valores y habilidades”? La actitud del publicano ejemplifica la verdadera justificación por la fe, mientras que la del fariseo representa su falsificación.

En la página 15 se habla de la **baja autoestima como causa básica de nuestros males**.

Eso no es cristianismo, sino psicología secular. Recuérdese de nuevo al fariseo y el publicano: ¿cuál de los dos NO tenía el “problema” de la autoestima baja?

Los padres de la moderna ciencia llamada psicología partieron de una idea: la ignorancia o rechazo a Dios, e intentaron demostrar que en uno mismo está la capacidad de sobreponerse a cualquier contratiempo, especialmente al sentimiento de culpa o remordimiento que lógicamente no asociaron a la obra del Espíritu Santo llevando al arrepentimiento. También, según esa enseñanza, está en nosotros el poder para vencer la angustia producida por el temor a la muerte (o su equivalente: la enfermedad o desgracia en general), que en esa filosofía no es la consecuencia del pecado. Sin excepción, los fundadores de la psicología fueron, o bien ateos, o bien espiritistas.

Esa misma filosofía atea/espiritista se nos presenta hoy en formas refinadas, en formulaciones atractivas y en sutiles barnices “cristianos”. Se la valora como parte del ideario de la llamada psicología “cristiana”, pero es la misma enseñanza de la Nueva Era y es su mismo “dios” quien la inspira: el “yo”, la adorada autoestima (Eze 28:17).

La Biblia no fomenta la autoestima ni considera su déficit el problema del hombre. La Escritura enseña que el gran problema del hombre es el pecado, especialmente el pecado de la incredulidad a la vista del don de Cristo. Amarse a uno mismo no es la solución, sino el primer gran problema citado en la siniestra lista de 2 Timoteo 3:2:

“En los últimos días vendrán tiempos peligrosos. Habrá hombres **amadores de sí mismos**, avaros, vanidosos, soberbios, blasfemos, desobedientes a los padres, ingratos, impíos...”

“Ámate a ti mismo” es lo que Pedro le propuso a Jesús una vez que éste anunció a los discípulos su próxima pasión y muerte:

“Ten compasión de ti; en ninguna manera esto te acontezca” (Mateo 16:22).

El Señor desveló en su respuesta quién es el verdadero autor de ese concepto:

“Quítate de delante de mí, **Satanás**”.

Cristo enunció entonces de forma inmediata el principio en el que se basa el cristianismo, que es antagónico al que el mundo conoce y exalta:

“Si alguno quiere venir en pos de mí, **niéguese a sí mismo**, tome su cruz y sígame”.

“Niéguese a sí mismo” es lo contrario a amarse a uno mismo: eso que Pedro estaba proponiendo, no informado esta vez por el Padre celestial, sino por “la carne y la sangre” (v. 17). La **cruz** de Cristo no es una exhibición de autoestima. Si él se hubiera amado a sí mismo, no habría venido a este oscuro mundo. Y si nosotros tuviéramos un verdadero concepto de la grandeza de Dios, no cederíamos al clamor por la autoestima de nuestra naturaleza enferma.

“Un concepto claro de lo que Dios es, y lo que requiere que seamos, nos dará una opinión humilde de nosotros mismos” (5 TI 23).

Eso se aplica especialmente a Laodicea, que tiene una alta autoestima, pero el Testigo Fiel y Verdadero denuncia su auténtica situación, que no es menos que patética.

La literatura de Ellen White contiene más de 300 veces la expresión *self esteem*, que se traduce por **autoestima** (se debe distinguir de *self respect* -respeto propio-, a la que da un sentido positivo). Una lectura de cada mención de esa palabra -*self esteem*- en su contexto, revela que la autoestima aparece de forma consistente en el Espíritu de Profecía asociada al orgullo y a la justicia propia. Se la describe como algo que el cristiano debe desechar, o de lo contrario le privará de la vida eterna.

¿Qué sentido tiene que publiquemos libros como el titulado: “DESCUBRE TU VALOR; la importancia de la autoestima y cómo desarrollarla”? No sorprende que su autor sea también uno de los coautores de ‘El poder de la esperanza’.

Es una tragedia que esos elementos se hayan incorporado a nuestros esfuerzos misioneros. Debiera hacernos reflexionar lo que el Señor dijo a sus contemporáneos:

“Recorréis el mar y la tierra para hacer un prosélito, y cuando llega a serlo, lo hacéis hijo del infierno dos veces más que vosotros” (Mateo 23:15).

Al recomendar o distribuir literatura hemos de estar seguros de que podemos respaldar en conciencia su contenido. Dios nos ha dado la Biblia y el Espíritu de Profecía así como la facultad de discernir, y por ellos habremos de responder ante él. Una condición *sine qua non* en todo esfuerzo misionero es asegurarnos de que el receptor del material aportado escuche exclusivamente la voz del Buen Pastor, sin que concurra de forma alguna la del dragón.

En p. 66 del libro se lee: "Esto ayuda en el proceso de perdonarse a sí mismo".

¿En qué lugar de la literatura sagrada aparece ese concepto de perdonarse a uno mismo? Perdonarse a uno mismo es lo que hacía el orgulloso fariseo, ya que, como bien señaló Ellen White, “el perdón y la justificación son una y la misma cosa” (*Fe y obras*, 107). Se espera que aceptemos el perdón **de Cristo** como siendo perfectamente suficiente, y no que nos perdonemos a nosotros mismos, de la misma forma en que se espera que amemos a Dios y a nuestro prójimo; no que nos amemos a nosotros mismos: ese tercer mandamiento que no está en la Biblia, y del que Jesús nada dijo en Mateo 22:38-40:

“Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente”. Este es el grande y el primer mandamiento. Y el segundo es semejante a este: ‘Amarás a tu prójimo como a ti mismo’. De estos **dos** mandamientos dependen **toda** la ley y los profetas”.

“El que se ama a sí mismo es un transgresor de la ley” (*PVGM*, 323)